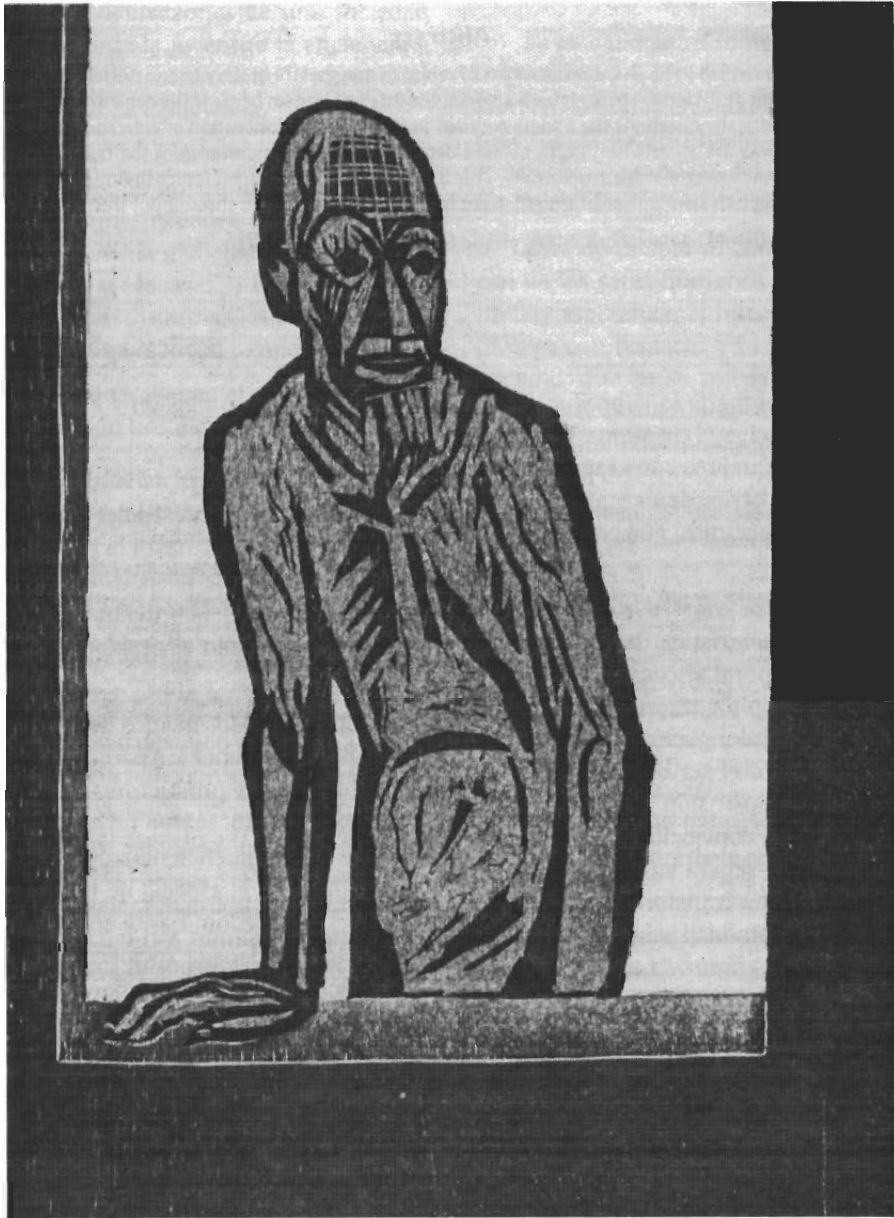


La vejez y la cercanía de la muerte en la obra de Francisco Amiguetti

Herbert Zamora Rodríguez



La ventana blanca
Xilografía
1970

* Lic. en Artes Plásticas con énfasis en Escultura. Máster en Artes. Profesor, Sede de Occidente, Universidad de Costa Rica.

Resumen

En este artículo se presenta una lectura de los textos plásticos y literarios de Francisco Amighetti vinculados con la temática de la decadencia y la muerte. En su obra el ser humano integral es el eje que sustenta la propuesta artística, cuestionando críticamente la sociedad frente a las estetizaciones de la vejez y muerte. Sus textos son una reflexión artística sobre la problemática de la vejez y la soledad, como parte de la angustia existencial del ser humano integrado a su caducidad, uno de los temas más recurrentes en la obra del artista quien *retoma* una reflexión universal que se ha dado en la creación estética de todos los tiempos.

Palabras clave: *Vejes*, muerte, lectura sociocrítica, textos literarios, textos plásticos, Amighetti Ruiz, Francisco.

Abstract

This article is intended to be an interpretation of Francisco Amighetti's **literary** and pictorial **texts** linked to **decadence** and death topics. In Amighetti's works, the integral human being is the centre of his artistic proposal. He critically questions the **society opposed** to the aesthetic conception of eldership and death. Amighetti's works are an artistic insight about eldership and loneliness, as part of the human being's existential sorrow **because** of death proximity. This is one of the most frequent topics in Amighetti's **masterworks** who focuses on a universal insight given in the aesthetic creation throughout the times.

Key words: **Death**, old age, sociocritic text, **plastic** text, Amighetti Ruiz, Francisco.

La obra de Francisco Amighetti es la producción de un sujeto colectivo que participa y cuestiona la vida en sociedad, pero plantea el reencuentro con el ser humano. Es a través de la mirada de los otros, de su marco cultural y de su propia mirada como ser finito, que conceptualiza su producción artística.

El humanismo del autor se construye a través de la conciencia de la otredad característica de sus textos, al mirar al otro en su paso temporal encuentra las huellas del tiempo inscritas en el propio cuerpo, mostrando las marcas de la conclusión o prolongación de un proceso de vida. En *La ventana blanca* el ser del hombre se encuentra representado en la dimensión simbólica con la posesión de un cuerpo. Con la convicción de ser un individuo con una epidermis que separa su diferencia entre un hombre y otro su cuerpo se transforma en texto, en huella discursiva de la temporalidad, así, el cuerpo del anciano es el modelo de todo lo finito: "La fuente de toda angustia consiste, sin duda, en la incapacidad de proyectarse al otro". (Le Bretón, 1995:136)

En el personaje que se muestra a los espectadores, como los otros, a través de la ventana, notamos un paralelismo con la observación de la vida cotidiana alrededor del proceso de envejecimiento: un cuerpo débil que ha perdido el donaire de la juventud, el cabello gris y ralo y la piel rugosa, son los signos de una edad avanzada que en este caso se acompañan de una toma de conciencia de su mismidad.

Una mismidad construida en la observación del otro. Así, para la sociedad occidental el anciano es el

otro, pero el otro negado y excluido, el que vive el proceso de deterioro.

Si bien las raíces de la angustia amighettiana tiene su asidero en el contexto del pensamiento de la primera mitad del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX, hoy la situación de la sociedad occidental después de la guerra fría y en el contexto de la globalización ha provocado y acelerado el problema existencial y la soledad del hombre.

Los poderosos medios de comunicación y publicidad luchan por imponer las pautas de consumo beneficiosas para los grupos productores que constituyen el eje de nuestra sociedad, sean o no adecuadas para la gente mayor. Se asocia la eficiencia del cuerpo a lo que produce, sobre todo, en el espacio de la globalización económica, un discurso predominante en nuestra época. De manera que esta coordinada socioeconómica de lo globalizante en relación con el ser humano, lleva implícita la deshumanización. Esta propuesta económica de los últimos años del siglo, tiene como eje de su quehacer lo material, exaltado a través los medios de información que transmiten una cultura global de consumismo, que ha socavado nuestra capacidad de responder cohesivamente a las circunstancias cambiantes.

Romieux en su texto *La Educación para el Adulto Mayor y su Relación con la Sociedad* nos describe la situación del anciano ante el entorno cultural:

"Ante la fragmentación de la familia y de las comunidades primarias que anteriormente eran parenterales,

la continuidad del grupo humano mínimo quedó rota y pasamos a constituir agregados sociales. Surgen los individuos solitarios e incommunicados rodeados de una muchedumbre, con un comportamiento similar al ocupante de un inmenso ascensor. No importa si son protegidos por los más ideales sistemas de salud y asistencia. Están solos." (Romieux,1998:2)

Amighetti vivió también una cultura de lo eficiente, de la acumulación del capital que deja invisibilizado al hombre, centro de las preocupaciones de una sociedad humanista, son los valores de la juventud la eficiencia y culto al cuerpo como signo de triunfo como lo muestra el cine desde los años dorados de Hollywood.

En nuestras sociedades occidentales, ser viejo es sinónimo de estigmatización, de proximidad a la muerte, de miseria material y de enfermedades. De manera que hay un rechazo a la vejez. Así la globalización aprovecha el estigma para mercantilizar la vejez, a través de múltiples productos que permiten disimular las marcas externas que muestran al otro una realidad temporal.

El paso del tiempo se inscribe en el cuerpo y la memoria, al respecto Le Bretón nos dice:

"El sentimiento abstracto de envejecer nace, de la mirada del otro de la misma manera, son secuencias al mismo tiempo sociales e individuales las que reformulan a nuestra conciencia: aniversarios, una separación, ver crecer a los hijos, verlos irse, ver llegar a los nietos, la jubilación, la súbita desaparición de los amigos etc." (Le Bretón,1995:149)

El cuerpo del anciano de La ventana blanca, evidencia la decadencia en el cuerpo desnudo que mira a través del espacio. Es producto de la reflexión autobiográfica. Su cuerpo se encuentra en la ventana, un espacio de transición entre la luz interior del espacio y la noche, la oscuridad de la nada que ofrece el paisaje, el cual no perturba al personaje, su rostro pareciera manifestar cierta alegría al afrontar su destino, lo cual nos remite a una fluctuación del valor negativo, al valor positivo de la noche y la oscuridad como un signo místico, una santa penumbra. Pero también, la noche es símbolo de lo inconsciente y permite retornar a los recuerdos que se han ido.

En este texto plástico, el personaje en su desnudez como signo de soledad, parece manifestarnos que su espacio vital se reduce a su propio cuerpo, pero su ser se aleja del receptáculo corpóreo. David Le Bretón lo reafirma:

"El cuerpo, de cierta manera, es lo que queda cuando se perdieron los otros, es la huella más tangible del sujeto en cuanto se distienden la trama simbólica y los vínculos que lo conectaban con los miembros de la comunidad." (Le Bretón,1995:153)

Es el texto de ficción que muestra a los otros, el cuerpo prohibido y la desnudez del anciano, puesto que la declinación se trata de un hecho cultural, como lo plantea Simone de Beauvoir:

"... la sociedad asigna al anciano su lugar y su papel teniendo en cuenta la indiosincracia individual, su impotencia, su experiencia; recíprocamente, el individuo está condicionado por la actitud práctica e ideológica de la sociedad para con él. (Beauvoir,1980:15)

El anciano se ve sometido a una disgregación social importante y los códigos que ordenaban su futuro vital pierden sentido. Desnudo en su agonía, despojado de todo, quizá incluso hasta de los otros, es el signo de la conciencia y grandeza del hombre mismo, inmerso en el límite del despojamiento de su propia vida.

Esta no es sólo su condición, es la angustia existencial de los seres humanos ante la finitud. Parece que ya no hay esperanza, el futuro o la "espera" que tienen los jóvenes con respecto a su porvenir, está limitada en este anciano, que en su soledad, probablemente, sólo espera la muerte, resultado de una relación vinculante con el tiempo. Una relación común para todos los seres humanos que en determinado momento fenecen. Esta relación es la que podemos leer en, el texto de Borges como intertexto de La ventana blanca:

"Soy mortal, me repetí,
de nuevo me parezco
a todos los hombres (...)
en breve seré Nadie,
como Ulises; en breve
seré todos: estaré muerto"
(Borges.1980:160)

"En breve seré todos, en breve estaré muerto". Es también el discurso presente en su poema Tres cuando, cuando ve alejarse lentamente la luz como signo de energía y vida.

Luz, vitalidad, juventud y vida, equivalencia explícita en los textos de oscuridad, decadencia, vejez y muerte.

Ya su vida no es un cúmulo de amaneceres, sino como lo plantea en el texto, un sucederse de ponientes que se vislumbran en un abismo, donde se acaban las ventanas que dejan penetrar la luz:

Tres cuando
Cuando no hay atardeceres
sino noches,
cuando no hay ventanas
palpitando claridades,
sino negros huecos vacíos,
cuando no se escribe,
se firma.

Mis días son:
un sucederse de ponientes
y de alcohol, en tardes
donde la soledad
deshoja el calendario.

En el estanque del tiempo
pasan siniestros los domingos,
son muy pocas las imágenes
que se atreven a asomarse
en este abismo.

(Amighetti,1993:579)

Este es un texto cargado de signos existencialistas, como el tiempo, el abismo de la nada y la noche. A través de estos signos encontramos el drama **existencial** al abordar la temática de la vejez como la imposibilidad de aprehender el mundo. Este estado es también definido de igual manera por Edgar Morín, radicalmente y sin estetizaciones:

"No es más que un trozo de vida, marginal, asocial en extremo, un ghetto, una pendiente hacia la muerte. Se trata de la liquidación de la vejez. A medida en que los vivos viven más largamente, a medida que le ganan a la muerte cesan de ser reconocidos simbólicamente" (Morín,1974:253)

En tres cuando sentimos el paso del tiempo que con suma lentitud, acompañado de un sentimiento de soledad, un sucederse de ponientes y de alcohol, que le sirve para paliar la vejez y la eventualidad cercana e impostergable de la muerte, como el mismo Amighetti lo manifiesta en su poema. Los ancianos, en el cual hace referencia hacia el lento transitar de los ancianos hacia la muerte.

Los ancianos

La carrera de los ancianos
hacia la muerte,
es una muerte lenta,
cada vez más quieta,
es un correr inmóvil
(Amighetti,1993:579)

La carrera de los ancianos hacia la muerte no es otra cosa que el imperceptible paso del tiempo, en el transitar de la vida hasta llegar a la vejez. El cúmulo de una serie de signos del deterioro que se produce de la mirada de los otros, que permite establecer nuestra propia mirada y encontrar una serie de signos que la definen. Pero principalmente, porque se posee un recuerdo y una memoria que lleva el recuento de múltiples vivencias cotidianas. Es sin duda una lenta conclusión producto de la prolongación de la vida:

"El envejecimiento es un proceso, infinitamente lento que escapa a la conciencia porque no produce ningún

contraste, el hombre pasa suavemente de un día a otro, de una semana a la otra, de un año a otro, son los acontecimientos de la vida cotidiana los que dividen el paso del día y no la conciencia del tiempo. Con una lentitud que escapa al entendimiento, el tiempo se agrega al rostro, penetra los tejidos, debilita a los músculos disminuye la energía, pero sin dramatismo sin ruptura total". (Le Bretón,1995:144)

En *Mi Universo*, el espacio interior es su morada, el lugar del reposo y de la iluminación interior donde la vida se limita a una ventana. Un espacio de vida marginal con respecto a sus relaciones sociales, casi alcanzado por la noche como signo de finitud. Esa marginalidad y aislamiento en que lo coloca la sociedad en que vive no sólo es su percepción, sino de los seres humanos que lo rodean, que actúan sobre el sujeto, aislándolo con sus recuerdos:

Mi Universo

Mi universo es una ventana.
Un pájaro vuela,
casi lo alcanza la noche,
va solo,
es dueño del espacio
que atraviesa.
Yo, en este cielo
en que sufro.
Siempre detrás de uno
va alguien
y alguien también lo precede.
Así es la bandada de pájaros negros
que se apresuran
a integrarse en la noche.

(Amighetti,1993:578)

Esta temática que aborda Amighetti es parte de una preocupación evidentemente actual, la situación de la ancianidad como un problema de la población en el contexto de una sociedad occidental que ha privilegiado la juventud como símbolo de triunfo y que olvida, que en ésta se encuentra un cúmulo de experiencia y conocimiento, capaz de contribuir con el desarrollo de la sociedad hacia mejores logros:

"Toda sociedad tiende a vivir, a sobrevivir; exalta el vigor, la fecundidad, ligados a la juventud; teme al desgaste y la esterilidad de la vejez". (Beauvoir.1980:50)

Es también, el discurso que se desprende de *Cabeza*, un personaje femenino, antítesis del concepto de belleza de nuestra sociedad, que nos remite a las representaciones literarias y plásticas de las hechiceras y mujeres mágicas. La mujer inmersa en la oscuridad de su propio cuerpo desprende su luz a través de la mirada, una iluminación producto de la experiencia y el conocimiento cotidiano que hoy ha dejado de ser útil:



Cabeza de vieja
Cromoxilografía
1972

Aunque a la vejez se denomina edad dorada, tercera edad o ciudadanos de oro, un símbolo por excelencia de una mercancía de un alto valor de cambio frente a poco valor de uso. La vejez al contrario, está afectada por un signo negativo y una imagen de menosprecio personal por la pérdida de su belleza y de las funciones corporales, así lo enfatiza Jean Baudrillard:

"La Tercera Edad expresa bien lo que significa: es una especie de Tercer Mundo.

No es más que un trozo de vida, marginal, asocial en extremo, un ghetto, una prórroga, una pendiente hacia la muerte. Se trata de la liquidación de la vejez. A medida que los vivos viven más largamente, a medida que le "ganan a la muerte", cesan de ser reconocidos simbólicamente." (Baudrillard,1980:191)

En general, esa anciana abatida por la limitación, no puede disponer de su independencia, es alguien a quien se le han interrumpido sus proyectos. Parece ser presa de la inseguridad, del miedo, la incompreensión y el dolor por la pérdida de seres queridos, refugiándose nostálgica en el mundo de sus recuerdos. Es la marginalidad de ser mujer y ser anciana, en una sociedad patriarcal, una doble angustia.

La concepción de la vejez como signo negativo es una constante en la cultura occidental, podemos encontrar en los textos bíblicos esta valoración:

"Y ten memoria de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: No tengo en ellos contentamiento".

(Eclesiástes, 12:1)

En la cromoxilografía *El parque de las tres edades del hombre* aparece privilegiada la niñez iluminada por la luz por dos tonos cálidos, el amarillo del sol y el verde del pasto, lo cual refuerza nuestra propuesta de una asociación explícita entre la luz, vida y la oscuridad, muerte.

La niña situada entre dos viejos troncos de árboles eleva sus manos, como signo de libertad ante el mundo, que se presenta en su futuro como un libro abierto, es la representación del pasado que podríamos relacionar con Cronos.

En un espacio central se mira en un tono neutro la figura de una mujer sensual, una escultura en piedra representación de cierta plenitud relacionada con Eros, por lo tanto, con lo vital; una representación voluptuosa cuyo perfil genera un paralelismo semiótico con las montañas como marca del deseo mismo. Así como de alcanzar lo panorámico, lo trascendente.

Mientras en el primer plano, privados de la luz y cerca de la oscuridad se muestran tres personajes ancianos acompañados por un perro, el espacio de Thanatos, personajes ensimismados con miradas circunspectas, envueltos en el mundo de la angustia existencial. En síntesis vemos el diálogo de Cronos, Eros y Thanatos en la construcción del concepto de vejez, en un espacio, refugio de regresión del parque presente en varias obras del artista relacionadas con esta temática.

En el *Parque de las tres edades del hombre* la vejez es producto de un proceso de vida; no como una cifra de años, que comienza precisamente en una fecha, sino como una suma de signos que definen la vejez. Un sentimiento donde se mezclan el retroceso y la muerte, como signos de la condición de ser carnal.

El espacio del parque se convierte en un tema característico del artista quien nos señala:

"Antes de salir de la Universidad, para pensionarme y dedicarme sólo a la carrera artística, recordaba a los ancianos de la enramada del Parque Central. Aquellos ancianos que veían el reloj cada minuto, se aprendían el periódico de memoria, se tocaban la rodilla o la cintura y el hombro para saber que les estaba doliendo. Raras veces conversaban, estaban solos... Ahora no frecuento los parques con la asiduidad con que lo hacía en mi juventud, cuando ya sospechaba al lado de la vejez el tema tremendo de la muerte..." (Herra,1987: 36)

Entre sus poesías encontramos el mismo desarrollo temático con el título *Las tres edades del hombre* evidentemente con un vínculo intratextual con el texto plástico. Se trata de un contraste generacional principalmente entre los niños y los ancianos. Los niños urbanos jugando entre las fragancias de la naturaleza, mientras, el anciano



Parque de las tres edades del hombre
Cromoxylografía, 1978
Véase imagen a color en página 116

recoge las hojas secas de los árboles, un signo del paso del tiempo que se asimila a la vejez, espacio de vida consumido en el tiempo. Las hojas secas de los árboles han abandonado la ubicación ascensional para retornar al origen, a la naturaleza que las reclama, al igual que el anciano que se encuentra en el otoño de su vida. Su rostro es la huella de la cercanía de su muerte, a pesar de su angustia la muerte forma parte de la esencia de lo humano.

Las tres edades del hombre.

Aquella mañana había visto en el parque
las tres edades del hombre.

Los niños que despertaban el sueño del estanque
con sus manos y miraban nacer en él sus ojos.

Aquellos que se habían dado cita
en el silencio de los árboles y sombra,
ceñidos por el rumor de la ciudad
como un cinturón lejano.

El anciano que recogía las hojas
secas de los árboles.

Cada uno cumplía el oficio de vivir
con la lógica de su edad;
despertar el alba dormida
que entreabre sus ojos en el agua
entre lirios y peces y musgo oscuro.

Hacer latir en el pecho el himno de la naturaleza
con las fragancias de la carne en tumulto,
o, recoger las hojas muertas
cuando en el demacrado rostro,
se va descubriendo la estructura de la muerte.

Los pájaros cantan en el parque
Una canción distinta para todos.

(Amighetti,1993:460)

En su intratexto El *parque*, la dualidad juventud y vejez, se confrontan en el espacio plástico. Tres niñas que juegan en el centro de la composición, en la cercanía de un frondoso árbol que por sus valores vitales nos remite al árbol de la vida. El árbol ha sido un símbolo de integración entre los elementos de la tierra y el cielo. Es el lugar de la fertilidad del suelo que emerge a la superficie en el espacio circular del pasto. Como elementos contrarios a las niñas que brincan el *mecate* tres ancianos se integran en la oscuridad, al igual que el día y la noche la juventud y la vejez conforman su dualidad.

Aunque la vejez no es una cifra de años, y no comienza precisamente en una fecha, sí es una suma de signos que conforman, en general un sentimiento donde se mezclan el retroceso y la muerte, señalada en este texto por la puerta negra en el fondo del cuadro.

Este grupo de ancianos se confrontan ante su contrario y comparten entre sí, la pertenencia a un espacio temporal que añora un pasado, que fue la base en la construcción de su identidad. Para ellos todo tiempo pasado fue mejor.

Jean Baudrillard nos describe la situación de la vejez en el espacio de la modernidad:

"La vejez es actualmente ese "Continente gris" en el que vive una población indecisa, un poco quimérica, perdida en la modernidad. El tiempo ya no le sirve a la experiencia ni a la memoria. Tampoco el cuerpo gastado. El anciano se desliza lentamente fuera del campo simbólico, deroga los valores centrales de la



Parque
Cromoxilografía, 1986
Véase imagen a color en página 117

modernidad: la juventud, la seducción, la vitalidad, el trabajo. Es la encarnación de lo reprimido. Recuerdo de la precariedad y de la fragilidad de la condición humana". (Baudrillard, 1980:191)

Así, el discurso de Viejos esperando la muerte, se convierte en un texto plástico en donde la idea de vejez se funde con el concepto de muerte. La imagen de la vejez generalmente corresponde a una etapa final del ser humano que se integra con la muerte. Las cuatro personas que se encuentran en un estado de vejez avanzada toman conciencia de sus limitaciones, pero también la conciencia colectiva los separa del acontecer cotidiano y del círculo de las relaciones sociales ordinarias. Así, el anciano es relevado discretamente por la sociedad y su vejez se convierte en estigma, en larga espera. Francisco Amiguetti nos la describe:

"Es una xilografía grande, de 1982, especie de friso frontal sobre la espera macabra en las plazas de los pueblos, en las iglesias, en las cantinas, en los parques. Dice Eurípides que los que esperan la muerte ya están muertos." (Herra, 1987:37)

Cualquiera que sean las causas, los personajes de la cromoxilografía viven la verdadera ancianidad, un estado de deterioro del organismo como resultado de su paso por

el tiempo, que es irreversible, aun cuando se pueda retardar su avance para convertirse en un inevitable camino que conduce a la muerte, una muerte que presagia el color terroso del fondo como un volver al origen. Al fondo el cielo o el mar, ambos señalan un destino. En el personaje de sombrero y los contornos de su cuerpo enfatizado por un manejo de la línea más intenso encontramos una referencia autobiográfica. Con dos medallas en su pecho, como la muestra de su pertenencia simbólico social y una mirada más firme que sus compañeros temporales, este personaje interroga al espectador considerándolo como el otro, del otro lado del cuadro.

El proceso de envejecimiento no sucede de un momento a otro; va apareciendo lentamente, oculto en la cotidianeidad aunque a veces se olvida. Sin embargo, tenemos referencias del paso del tiempo porque tenemos un recuerdo y una memoria que nos señala que la inmovilidad del tiempo no existe. Así las marcas temporales evidencian su llegada.

A pesar de las estetizaciones ideológicas del concepto de vejez, la tendencia en la cultura occidental ha sido asociar la vejez con un fenómeno regresivo. Percibida como una enfermedad, a tal punto, que los asilos de ancianos se han convertido en reductos necesarios para separar a



Viejos esperando la muerte
Cromoxylografía. 1982
Véase imagen a color en página 17



Asilo de ancianos
Cromoxylografía. 1973
Véase imagen a color en página 116

esta población de la vida cotidiana y entonces sí, aislarlos totalmente de su entorno familiar.

En asilo de ancianos se nos presenta un grupo de ancianos recopilando en su memoria un lento trabajo de duelo de lo que fue la vida, conscientes de que tienen un control restringido sobre la propia existencia. Su espacio está limitado, pero pareciera que su imaginario se mantiene en el parque. Ya no son las niñas que juegan al mecate en el fondo del paisaje, sino, la religiosa que ha aparecido en el espacio negro, designada para el control de las almas que deambulan en su lenta soledad, enfatizada por la ausencia de un entorno, como lo relata Amighetti en su diálogo con Herra:

"Una vez dibujé estos hombres, en el Asilo de ancianos de Cartago, y asistí a lo que sería mi vida si sigo viviendo: gentes inclinadas sobre sí mismas, absortas, que no conversan, que no se comunican que andan como fantasmas" (Herra, 1987:83)

Son una pequeña sociedad de solitarios que comparten una anomalía. Se repite la puerta negra, como huella discursiva de la muerte, pero, esta vez con la presencia de una monja, controlando el umbral.

En el fondo, un árbol signo de transición entre lo terrenal y lo celestial, pareciera extender sus brazos para elevar su follaje que se despliega en forma dramática hacia arriba.

El temor a la enfermedad y la angustia del hombre se mezclan con la eventualidad de la locura en la poesía Amenaza, un texto que nos muestra la reacción psicológica ante un cambio físico, que conducen a una alteración

de la imagen del cuerpo y del propio yo, acompañados de la aflicción e inseguridad, debilitamiento e impotencia.

Amenaza

Llegué a presentir la locura,
se cernía sobre mí,
era un vuelo de un ave aterradora.

Yo era su blanco
en la lenta e inevitable angustia
de no saber el momento
de caer herido.

A veces me engañaba,
escribiendo poesía,
amando.

En mis sueños de noche
y en los diurnos había una máscara,
sacada de la colección de máscaras mías,
que nunca había visto.
se aparecía con mi rostro,
nunca fue más horrible
que cuando reía,
y solamente reía.

A veces en las mañanas
del color de mis acuarelas
sentía que iba convaleciendo
de una enfermedad
que todavía no llegaba.

En el matinal frescor
bajo los árboles,
apacentaba el presentimiento
de algo que iba a destruir
mi alma tambaleante.

Pero sigo existiendo
atado a la razón.
A veces es amada locura,
inmóvil frente a la ventana,
inmóvil frente a las lluvias.

Esa ave que vuela sobre mí
no me abandona
aunque esté lejos.

Yo sé que soy su presa
aunque mientras eso sucede,
sigo existiendo
en las habitaciones
y los caminos,
en las conversaciones y el grabado.

Esta misma claridad para escribir
que a veces me aparta de la poesía,
me dice que, este razonar
es propio de la locura,
si no me abrumaría
esta temperatura de infamia
que pesa sobre el mundo.

(Amighetti,1993:415)

El texto muestra el estrechamiento de sus relaciones con el futuro, un acabamiento de los planes a largo plazo para asumir el presente como un largo viaje en el cual se presenta la amenaza de la locura y la muerte.

Este texto mantiene un vínculo intratextual con el texto plástico *Amenaza*, donde aparece un gran pájaro negro, signo de la angustia y la ansiedad. Este pájaro negro vuelve a aparecer en la poesía asociado al temor de la locura, una constante en la historia de la humanidad:

"El giro del tema de la muerte al de la locura es el descubrimiento de que la negación de la vida no está únicamente al final de ella, es decir, en la muerte biológica...

La Baja Edad Media proclamaba que el hombre era loco por no tener consciencia plena de su muerte. El renacimiento descubre, en la locura misma la inmanencia de su fin. La locura es el preámbulo de la nada de la existencia" (Díaz,1995:34)

Amighetti establece en su texto un juego muy sutil entre la locura y la razón encontrando en el arte y principalmente, en la poesía un medio para sobrellevar la depresión, un proceso de aceptación personal de la secuencia final del envejecimiento y muerte. Sin embargo, es común que cuando una persona de edad se refiere a la muerte, lo que expresa es el temor a la enfermedad que lo lleve a una incapacidad. Así este temor va ligado a una



Detalle Amenaza
Xilografía

pérdida de independencia y la eventualidad del desamparo. Francisco Amighetti nos lo revela:

"Después de muchas reuniones y de brindar con Dionisos, fiestas alegres y fiestas lúgubres, empecé a ver las cosas que me imaginaba, tal vez, a soñar con los ojos abiertos. Estas alucinaciones me perseguían y me acosaban, provocándome el insomnio. La noche se poblaba de fantasmas insistentes. Me asomaba a las ventanas donde sentía la angustia de una amenaza siniestra...la locura o la muerte. Ese poema es lo que viví durante muchas noches. Probablemente lo que escribí, más que arte, es un catártico que me ha liberado de mis obsesiones."

(Amighetti,1993:418)

Ante la amenaza siniestra de la depresión y la pérdida progresiva de sus facultades, un síntoma de la vejez que ha mirado en los otros, construye representaciones imaginarias, que atribuye al alcohol, pero más bien, son coherentes con su angustia existencial y el enfrentamiento de la eventualidad de la muerte, así lo señala el pájaro negro que se mantiene sobre su espacio vital.

Ambos textos señalan la presencia de una semiótica de la depresión que podría desencadenar un estado patológico y manifiestan el peligro de ciertos trastornos físicos, emocionales y sociales, que son propios de la ancianidad en una cultura que preconiza los valores del adelanto y el progreso:

"La vejez, en consecuencia, no sólo es un estado de deficiencia funcional progresiva, sino que se desarrolla en un medio cada vez más desfavorable para el individuo. En semejantes condiciones, no cabe sino esperar que la persona se sienta desvalida, irritada y deprimida." (Zinberg y Kaufman,1987:86)

El anciano, portador de una experiencia y sabiduría se enfrenta ante este razonar imaginario que acentúa el drama existencial y que en los ancianos activa la regresión como un mecanismo de defensa ante un mundo aceleradamente cambiante.

En el ordenamiento de sus textos poéticos podemos establecer un ligamen intratextual de *Amenaza con Estoy enfermo*. En este último texto se concreta la premonición y la amenaza de la enfermedad en la soledad de su casa. La esperanza del refugio en el espacio místico del templo se diluye ante la óptica del otro discurso, de la cultura del profesor de historia del arte y los discursos culturales en torno a la finitud. Pero están ahí, como sujeto modelado por el pensamiento cristiano ante la enfermedad del alma. Así, el temor a la muerte se confunde con el temor de la enfermedad como fuente del sufrimiento físico:

Estoy enfermo

Estoy enfermo del alma
aquí, encerrado en mi casa de madera.
Ante mi diagnóstico
me envían donde el psicólogo.

Yo, que me receto a mí mismo,
debería entrar a los templos
pero los templos no tienen voz,
o me hablan
como a un profesor de historia del arte.

(Amighetti,1993:418)

El vínculo textual continúa en *Insomnio* como signo de la angustia existencial, una luz en la oscuridad que se filtra en la realidad de la noche. El insomnio, portador del grito persistente del búho y el ladrido de los perros.

El búho un animal nocturno, signo que remite a la noche, la muerte y los perros a signos medievales, emblemas de fidelidad que van a aparecer en sus textos sobre la muerte. Al respecto Cirlot señala: "El perro es el acompañante del muerto en su viaje "nocturno por el mar" asociado a los símbolos materno y de resurrección." (Cirlot.,1985:359)

Al igual que el aullido lobo, los perros aúllan a la luna, un espacio mítico relacionado con la matriz y el arca, asociado con las mareas, estableciendo una correspondencia entre la luna, el mar y la muerte. Así, los perros pareciera que le ladran al misterio y a la fantasía de la luna, transformado el temor nocturno en cercanía de la muerte.

Insomnio

He vuelto a habitar
el mundo del insomnio
a reconocer su luz lívida,
a iluminar mi noche,
escucho el grito persistente
del búho
y los ladridos de los perros
de siempre.
He llorado por otros,
voy a derramar una sola lágrima
para mí mismo.

(Amighetti,1993:571)

En su texto plástico *Caminante* vuelven a aparecer los perros que acompañan a un viejo y cansado caminante. Su mirada perdida pareciera evadir la vista del cementerio que todavía le parece algo lejana, estableciendo un vínculo con el animal iluminado, a su espalda, el perro fiel, el amigo incondicional de un recorrido temporal. Su pasado, su hogar y su vida en sociedad han quedado atrás. Su mundo tradicional desapareció y sólo subsiste



Caminante
Xilografía
1977

su romántico recuerdo, pareciera ser que su tiempo es demasiado largo.

Ahora reflexiona sobre sí mismo y sobre su muerte, al igual que Machado "...Al andar se hace camino y al volver la vista atrás se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar. Caminante no hay camino..."

En *Caminante* queda muy explícito el intertexto Machadiano, así como la influencia existencialista en uno de los poemas más significativos de Machado.

Así, el caminante de Amighetti vuelve su mirada hacia atrás, hacia la senda de un pasado, a un cúmulo de actos, que no volverán y cuyo camino que se va haciendo lo conduce al encuentro con la muerte.

En sus diálogos con Herra el artista realiza su propia lectura del texto:

"El caminante está sentado en un tronco. Es la hora crepuscular, cuando todo tiembla y se vuelve borroso. El caminante es viejo, tiene sombrero, lleva un palo retorcido en la mano, usa sandalias. Mezcla de mendigo y gentilhomme, está rodeado por cinco perros.

En el horizonte se ve cercano el cementerio -así eran los pueblos de Costa Rica en mi infancia: al entrar lo primero que veía era el cementerio. Aunque me dicen: "este es un autorretrato moral suyo, está haciendo el último recorrido". Seguramente es así. Empecé a recorrer este camino cuando hice esta xilografía".

Se trata de un hombre que descansa un instante en su último trayecto, y no sé hacia donde se volverá su pensamiento..." (Herra, 1987:30)

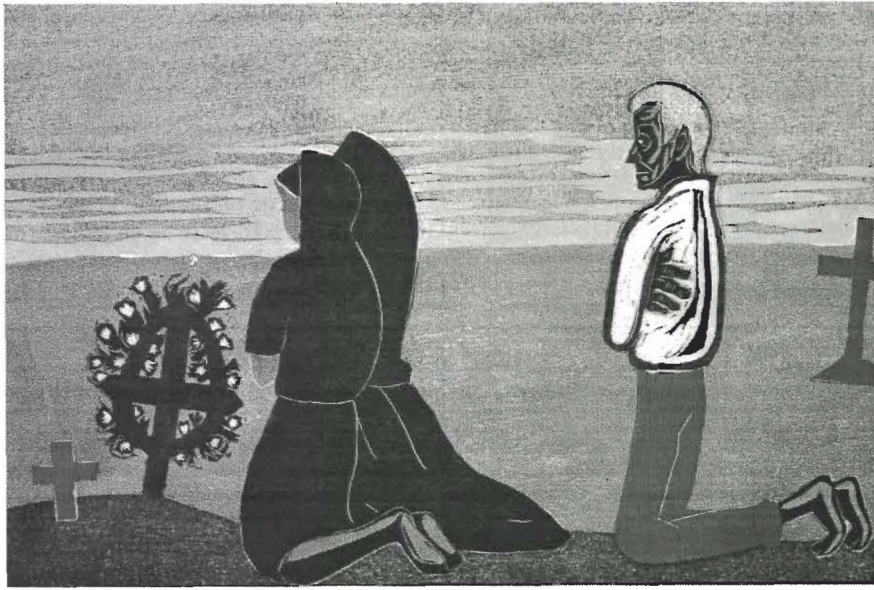
La senda de Machado y el destino del caminante de Amighetti conducen al final de su vida que se presagia en el texto anterior a través de la presencia del cementerio. Un espacio para la vuelta a la naturaleza, en oposición a una vida que ha sido cultural.

La propuesta reiterativa de la luz, en contraste con la oscuridad se presenta nuevamente en *Caminante*, un texto que como muchos de los textos amighettianos nos hace reflexionar sobre la integridad del ser humano. Sobre la potencialidad de energía y entrega en "ese" proceso de su vida en que no debería ser frenado abruptamente. Ese ser humano es mucho más que un cuerpo en deterioro para ser despojado de sus relaciones sociales. Es un ser humano que ha enfrentado las vicisitudes de la vida, ha sido y es parte de la construcción de una cultura y una identidad. Es un ser humano integral enfrentado a un destino común, a la más definitiva de las realidades humanas, la muerte. Una realidad que ha estado presente durante la vida, posiblemente invisibilizada para seguir viviendo, pero ahí presente en la lucha cotidiana de la pulsión de vida y la pulsión de muerte que ha permitido llegar a la vejez.

Ese sentimiento común hacia la muerte está presente en la cromoxilografía *Cementerio de Escazú*. En medio de un espacio árido que nos remite al desierto de Israel con todas las connotaciones místico religiosas del cristianismo. Así el fondo místico horizontal y amarillo nos ofrece un espacio propicio para la revelación divina. El negro que ya no está en el paisaje amenazante como en el texto anterior, sino en el luto que portan las mujeres y el rostro del anciano que viven su propia oscuridad. El vacío social sobrevive y se transforma en dolor y luto, encontrando el refugio en el cristianismo. Dos solitarias cruces en gran "desierto" nos revelan la vuelta a la naturaleza, a ser polvo, a la pertenencia de un espacio colectivo.

Es a través de la muerte del otro, que construye su angustia y su propia muerte. Así, *Cementerio de Escazú* es el espacio de reposo de Margarita Bertheau, como lo revela Amighetti en Francisco en Costa Rica:

"En la mañana antes de comenzar mis grabados, abro la ventana de mi estudio, situado en un alto y miro la



Cementerio de Escazú

Xilografía. 1975

Véase imagen a color en página 118

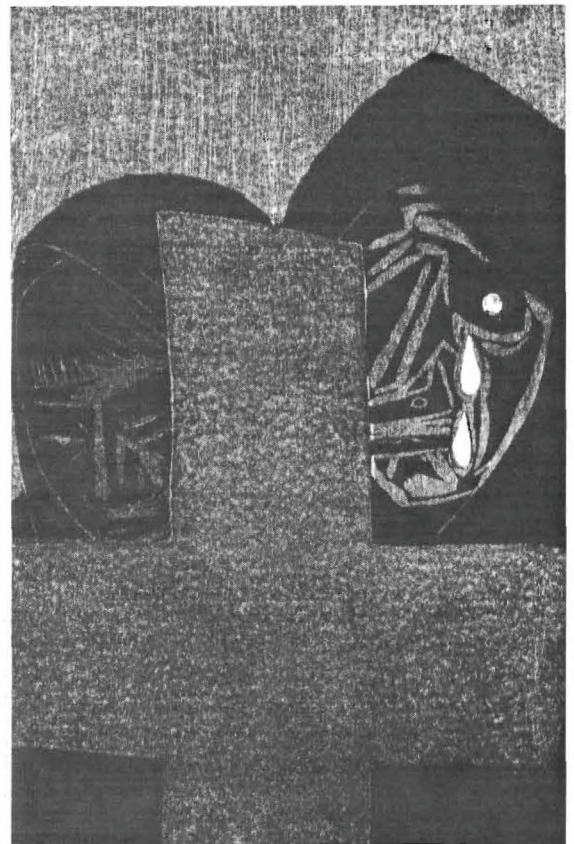
montaña de Escazú, ya no la llamo así, es la montaña de Margarita Bertheau. Bajo su sombra descansa ella" (Amighetti, 1993:376)

En su grabado dos cruces azules, ratifican el compromiso con el cristianismo, un signo vinculante a través del color que se confunde con el anciano, el cual integra su mirada a la nube del paisaje y aprisiona su tórax para contener el sentimiento que le embarga.

En *La cruz* encontramos el vínculo intratextual con *Cementerio de Escazú*.

Las dos mujeres parecieran un acercamiento del cuadro anterior para penetrar en la intimidad del sentimiento. Así las cosas, la muerte es, entonces, la separación del espíritu del cuerpo. En el cristianismo el creyente sabe que con la muerte no acaba, sino que nace a la vida. La angustia provocada por la muerte del otro tiene su refugio en la religiosidad encontrando para el creyente un sentido a la muerte y a la vida. La oscuridad se convierte en el contexto de las sombras y la muerte que invaden la quietud y el silencio de los personajes interrumpidos por la angustia de sus lágrimas como el elemento vital que traza una huella en su memoria del drama de la vida.

La tristeza también invade al personaje femenino del *Cementerio* que acompañada de sus flores forma parte de la perspectiva de la oscuridad que se asimila a la concepción del tiempo lineal, desde ese punto de vista, las otras cruces son sus antepasados cada vez más

La cruz
Xilografía
1971

lejanos, mientras que su presente se invade de la oscuridad de su tristeza, que se contrasta con la luz que emana de sus ojos, al mirar la cruz.



Cementerio
Cromoxylografía
1971

La angustia se hace patente en Surco, un trazo, una marca que solo se hace en el acontecer temporal. Primero una lágrima y luego un torrente que connota el río, un camino que conduce al mar y a la muerte, un destino común de todos los seres humanos. "Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar..."

Surco

De pronto se amanece
con un surco que se hizo en la noche,
y nos atravieza la mejilla.
Una cuchillada que se detuvo
en la comisura de los labios.
Ese surco se venía gestando,
desde que una lágrima
recorrió ese camino
y se hizo cauce.

(Amighetti,1993:423)

Al igual que el cauce de un río que muestra la fuerza creadora de la naturaleza y el tiempo, el surco deja la huella de dolor en el rostro por el transcurso irreversible de una vida sumida en la conciencia y la disolución. Es el último acto del drama existencial que amenaza la vida desde el nacimiento, pero convertida en angustia de muerte individual a través de la muerte del otro.

El simbolismo nocturno es una continuidad en sus textos relacionados con la vejez y la muerte. Así la noche es el símil de las tinieblas y la muerte, que al igual que la negra plancha de sus grabados, está presente en la cotidianeidad del grabador para remitirnos desde el temor a la oscuridad en la niñez ligado a un sentimiento de culpabilidad, hasta las manifestaciones depresivas ligadas a la angustia existencial:

"Como dice Bachelard, una sola mancha negra, íntimamente compleja, desde que es soñada en sus profundidades, basta para ponernos en situación de tinieblas" (Durand.1981:85)

Amighetti utiliza las polaridades luz oscuridad continuamente, no solo en sus **xilograffas** sino en sus textos literarios donde los signos nocturnos y la pérdida de la intensidad de la luz nos remiten a su construcción de un imaginario sobre la muerte conceptualizada como el fin de la luz y el final de un camino que generalmente es el producto de un largo ascenso.

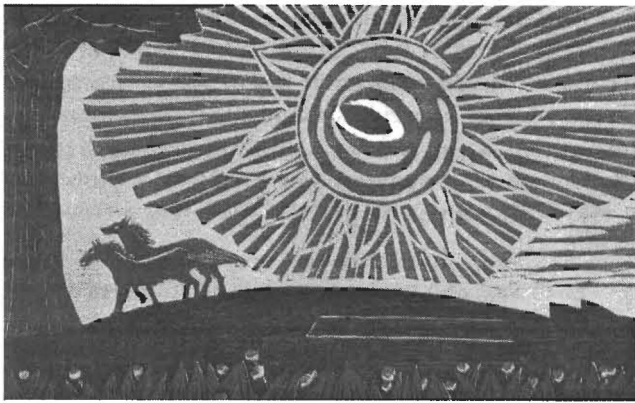
Así se evidencia en La colina un sitio elevado donde se tiene la perspectiva de una vida vivida. El gran sol nos produce una similaridad con el ojo panóptico que ilumina el espacio místico del reposo:

La colina

"Probablemente morir es estar solo,
quedarse con los labios sellados,
mientras pasan aquellos, los que cantan,
los que besan y aman.
Dormir en una colina
con los ojos abiertos y el corazón paralizado,
mientras estalla el sol
con pétalos de llama."

(Amighetti,1993:427)

El hecho irreversible de la muerte le confiere un límite al tiempo existencial así, la luz signo de vida de transforma en el imaginario de la muerte, en su contrario la oscuridad. El sol que estalla con pétalos de llamas se vincula con la simbología de la flor y la luz. Así, el sol se convierte en un símbolo ascensional por excelencia estableciendo un clímax metafísico, la loma se asimila a la montaña cósmica, al monte del Olimpo o una montaña



La colina
Cromoxilografía, 1983
Véase imagen a color en página 19

sagrada un lugar simbólico de un imaginario mágico de donde surgen las hadas y los dioses.

Es la cúspide del camino donde conduce el espíritu humano en la construcción de un imaginario que involucra la luz y a las alturas.

En la cromoxilografía *La colina* encontramos el sitio para la construcción ideológica que le da sentido a la misma existencia, un espacio para la muerte y un punto de referencia donde el hombre se enfrenta con el misterio de su propia existencia. En este texto plástico encontramos una semiótica que ha sido constante en otros textos: El sol, el árbol y la colina, signos de la ascensión espiritual; los caballos que remiten a la fuga del animal humano y el espacio oscuro de la tierra rodeada de flores. Es el espacio receptáculo del cuerpo que regresa a la madre tierra, a su patria y a su origen.

La semiótica de la luz-oscuridad se nos muestra dramáticamente en *La noche* donde el dominio de la oscuridad sobre la luz se vuelve dramática, nos remite claramente hacia la semiótica de la muerte. En la construcción de este texto el drama nocturno de la angustia y la culpa ocupa la mayor parte de la composición dejando en la parte superior al sereno caminante, un personaje pequeño, tratado en gris, solitario ante el movimiento ondulante del mar que lo reclama. A su lado, la calavera signo de la muerte de los otros y resumen abstracto de la persona. A la derecha, tres máscaras irónicas con una gran cabellera observan su paso.

Este personaje protagonista gris se encuentra en una posición privilegiada, está en el centro, asumiendo la vida como un recorrido por un espacio sórdido y caótico característico de la lucha existencial, que en este estar ahí, enfrentando el momento crucial de su existencia, va dejando atrás, a sus espaldas, el recuerdo de su tiempo vivido, una



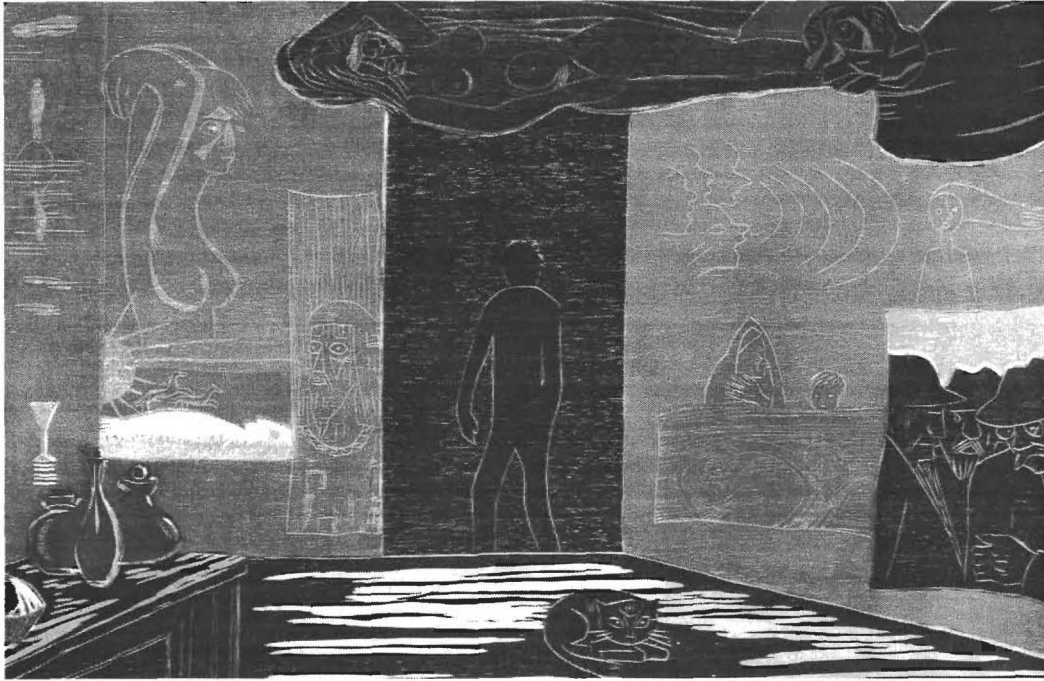
La noche
Xilografía
1986

construcción de nuestro cosmos epistemológico que remite al pasado para fundamentar su futuro.

De este modo, el anciano consciente de ser finito, reconstruye su vida como un largo recorrido por el camino de las pasiones, la angustia de los seres humanos la enfermedad, el licor, el sexo y la muerte.

En el contexto del grabado las beatas que asisten a la iglesia y el demonio persigue a un personaje que huye desafortunadamente desintegrando su identidad. Son parte del discurso religioso que emerge en la sociedad occidental vinculado al concepto de pecado y culpabilidad.

Dos fieros perros luchan en la oscuridad de la noche, son el signo de la violencia social y de la angustia existencial que invade al protagonista que termina su largo camino como si terminara huyendo para encontrar el descanso en la tierra que lo reclama:



Viaje hacia la noche
tríptico I

Cromoxilografía, 1988

Véase imagen a color en página 118

"Aspiro a ser polvo, sólo así se descansa; el que pisan los que vienen, el que esparce la brisa por los campos o el que asciende por el aire. Polvo inerte, mas polvo enamorado y aún así en ceniza y viento seguiré huyendo." (Amigueti,1993:357)

En el tríptico de Amigueti *Viaje hacia la noche* sentimos un vínculo intratextual, una especie de despedida vinculada con el fin del camino del *Caminante* y a su texto *Autorretrato* cuando escribe:

Autorretrato

Yo, que he andado a pie por los caminos,
me siento a la sombra fatigado
a mira los que pasan caminando
por los caminos y cantando...
Yo que a las mujeres sigo amando,
llevo un madrigal en mi boca
que dormiré conmigo reposando.

(Amigueti,1993:469)

El tríptico plantea en tres actos el recorrido hacia la noche, hacia la muerte. En el primer acto el sujeto se sitúa en la puerta tomando un rumbo hacia la oscuridad que le espera en el espacio exterior, dejando atrás una construcción plástica intratextual en la cual aparece en primer plano el gato, protagonista en varios de sus grabados entre

ellos "*Conflicto entre el niño y el gato*", un conflicto que parece haber llegado a su fin. A la derecha del primer cuadro uno de sus grabados más conocidos en el medio La niña y el viento, una adolescente que resiste los embates de los vientos, con rostros masculinos que la acechan, una obra que nos remite a la famosa obra expresionista de Eduard Munch titulada *La pubertad*.

A la izquierda de la composición *La modelo y El Cristo* y en la parte superior una reinterpretación de *La conversación* de 1969, un grabado que gira en torno al diálogo sobre el eterno femenino como lo denomina el autor.

Es la visión autobiográfica del imaginario de su partida, Francisco emprende su último camino, un viaje sin retorno y deja tras de sí su huella, sus obras y su mundo de arte. Abandona la calidez de su hogar pleno de intertextos para emprender un viaje al mundo de la noche, el cual ya ha sido presentado, como nos lo hace ver el siguiente texto:

Buscan la noche

Los pobres, los artistas, los comerciantes, el hombre
buscan la noche, la pequeña muerte
preludio y simul de la otra.
Sumergirse en la oscuridad y de repente
ser en el no ser de lo que duerme,
y resucitar con la luz que despierta,
la luz de San Agustín, la de Plotino

la de Turner,
la que purifica en la ablución cotidiana.
En cada pecho se desespera un ave
que trémula bate sus alas en la sangre.

(Amighetti.1993:410)

En el segundo cuadro del tríptico, el caminante se sitúa a mitad del sendero que ilumina la luna, vuelca su mirada hacia atrás, hacia los otros que viven. Los que pasan caminando por los caminos y cantando hacia su pasado.



Viaje hacia la noche
Cromoxilografía
Tríptico 2, 1988

Véase imagen a color en página 119

El camino ascendente, un signo constante en sus obras nos sitúa en la semiótica de su último viaje. El personaje avanza por un camino en curva, que tendrá su perspectiva a la vuelta de la esquina, entre el muro del edificio sobre el cual se yergue y el gigantesco árbol, otro signo de elevación que tiende a sublimarse en la obra. Es el árbol de la vida que va a quedar atrás en el camino que señala la luz de la luna, que despliega su luz al contraste con el oscuro cielo. La luna ligada a la muerte y a la femineidad está situada en el espacio superior, estableciendo un diálogo con el protagonista.

Mientras los otros son iluminados por la luz de las casas, que sale a través de las ventanas, en la parte inferior los vivos continúan viviendo, mientras el anciano dirige su rostro hacia atrás, hacia el pasado para despedirse de sus días. Una despedida que se manifiesta en su poema:

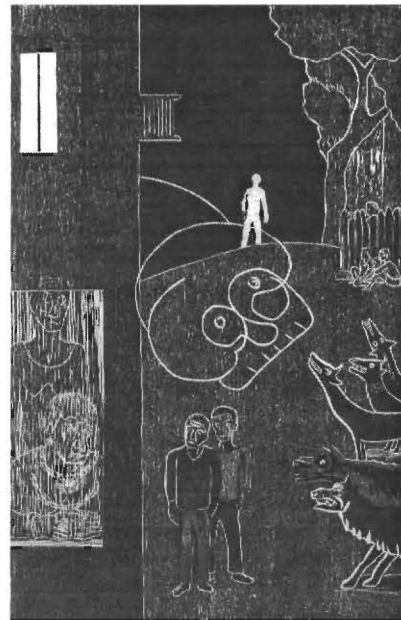
Mis días

Mis días fueron ropa tendida
en el poniente del suburbio
convalecencias, la almohada,
eran los viajes de Simbad,
en los inviernos contra el vidrio
yo presentía el brillo efímero
de aquellas cosas que vendrán
Como en la escuela, los inviernos
con sus papalotes de cristal
hacían temblar las rosas blancas,
arquitectura de ideal.

Después los días se quedaron
sobre la puna y sobre el mar,
días eternos por sus noches,
días oxidados, sin cantar.
Yá el libro tiene pocas páginas,
cada vez hay más claridad
y en el ex-libris blanco y negro
hay una calavera de verdad.

(Amighetti.1993:357)

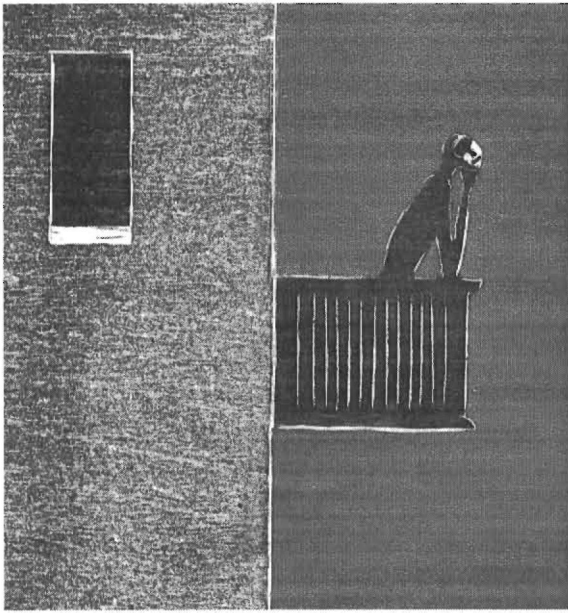
En el tercer tríptico de viaje hacia la noche encontramos la calavera tratada de manera lineal, ésta envuelve al personaje autobiográfico el cual es tratado de manera diferente, su cuerpo es representado por una silueta blanca que se sitúa en lo más alto de la loma, en el límite del horizonte para adquirir un carácter etéreo que produce un contundente contraste entre él y la noche.



Viaje hacia la noche
Tríptico 3

Cromoxilografía. 1988

Véase imagen a color en página 119



El solitario
Detalle
Cromoxilografía. 1983
Véase imagen a color en página 119

Es El solitario que ha dejado el balcón para enfrentar su destino, no en vano decía Heidegger que "el hombre es un ser para la muerte". Su ventana iluminada está sola, el personaje autobiográfico de su imaginario ha dejado el espacio urbano. A través de la ventana, las ancianas muestran su llanto, mientras sus amigos iluminan su pena en frente a su hogar.

Del lado derecho de su composición varios árboles en perspectiva separan el espacio negro de la noche y señalan su paso. Más abajo de la composición los fieles amigos del *Camionante*, los perros de un modo dramático aúllan su partida.

El ladrido de los perros

Escucho el ladrido de los perros
ahora que estoy solo como en mi infancia,
y descubro un sentido idéntico,
o tal vez, al oírlos esta noche de octubre,
retorno a mi niñez
cuando, al escrutar el cielo
de la tierra salía un grito de misterio.

(Amigueti, 1993:480)

Son la mezcla de perro y lobo, animales que le aúllan a la luna y a la muerte, según Durand son el símbolo del tránsito de la vida dándose una convergencia entre el temor a sus fauces y el tiempo devorador.

Amigueti construye el viaje hacia la noche estableciendo un límite para la razón que implica la

aceptación de una situación de un más allá, que no se puede conocer.

Es el texto de ficción que nos lleva a la finitud del hombre individual, el fin de un conflicto en el ámbito de Occidente que produce un hombre inserto entre dos mundos, el mundo terrenal y el mundo del más allá, así la vida y la muerte, entendidos como contrarios, constituyen un rasgo característico de nuestra cultura. En Occidente se le teme a lo otro, por lo tanto, se le teme a la muerte. Al igual que en los versos de Neruda, el hombre está con la mitad del alma en el mar y la mitad del alma en la tierra.

Se trata de la relación que caracteriza de la manera más profunda el sentido de su ser, que une la vida con la muerte. Así, la limitación de la existencia es decisiva para la comprensión y la valoración de la vida, principalmente en los últimos años del artista, en los cuales continuó observando la vida a través de su ventana.

Es a través de su texto *Viaje hacia la noche* que se vislumbra la integración imaginaria de estos dos mundos a través de un espacio lúdico que se inserta en el marco de nuestra cultura cruzada por múltiples textos, pero entre estos el pensamiento nihilista, una existencia que lo lleva a la noche, al mundo oscuro del silencio y siendo radicales al mundo de la nada. En este tríptico, el personaje protagónico asume la muerte con entereza, con convicción e integridad la cual se evidencia en la verticalidad y fortaleza de su personaje; estas características se nos muestran también en su intratexto *Hay un camino*, en el cual la ceguera se asimila a la oscuridad de la noche:

Hay un camino

"Hay un camino, y lo andaré yo solo
El último trayecto,
sin lazarillo, ciego hacia la nada.

(Amigueti, 1993:424)

Viaje hacia la noche es un texto de ficción y por ser irreal fluyen aspectos de la realidad que en la vida cotidiana aparecen ocultos, este nos muestra la angustia del viaje hacia la muerte. No es la angustia del fin del protagonista, sino del fin del vínculo social. Una muerte que se ha construido a sí misma en sociedad, en ese vivir en el cual hemos tenido angustia, temor, amor, sentido y necesidad. Es el fin de un hombre, capaz de hablar, de articular lo entendido, así se relaciona con las cosas, con el mundo, y de este modo articula su proyecto vital. Es la angustia frente a sí mismo, frente al mundo y frente a los demás. De este modo se desprende este discurso de su poema:

soy:

Soy un animal herido
(en mi corazón)

no cabe odio)
que dibuja, escribe y canta.

(Amighetti,1993:424)

Este texto nos revela la angustia de la existencia que depara la experiencia de vivir y realizar su vida asumida como un camino que va destruyendo posibilidades hasta la última que es la posibilidad de la muerte.

Es la linealidad del tiempo, que evidencia lo efímero de la vida, de lo que nace y muere, como en su texto *Dibujaba una línea* que nos remite al mar de Manrique, un inicio y un final, un regresar al origen, al mar, conceptualizado como un inmenso lecho para el descanso:

Dibujaba una línea

Dibujaba una línea horizontal
y con este elemento tan simple
nació la distancia
y reposó el mar en su inmenso lecho

(Amighetti,1993:494)

Así, Amighetti toma conciencia del desdoblamiento continuo de su presente en recuerdo a lo largo de la linealidad del tiempo, mirándose e interpretándose a sí mismo en ese camino de la vida.

Su obra nos recuerda que habitamos en el tiempo, con en cual cambiamos. De ahí que Nietzsche y Heidegger entiendan que el destino es aceptar el devenir, enfrentar el destino, no como algo ajeno e inevitable, sino como una verdadera posibilidad para rescatar del valor de la existencia, reconociendo la vida y la muerte como una dualidad necesaria e inevitable. Y es en este sentido que podemos entender la obra amighettiana en la cual la vida y muerte van siempre juntas. Es el destino del hombre, "el ser ahí", que se distingue porque no solamente subsiste, sino porque tiene consciencia de su existencia.

BIBLIOGRAFÍA

Amighetti, Francisco. (1993) *Obra Literaria*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

Amighetti, Francisco. (1989) *Francisco Amighetti*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

Amoretti, María. (1992) *Diccionario de términos asociados en teoría literaria*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Aries, Philippe. (1983) *El Hombre ante la muerte*. Madrid: Editorial. Taurus.

Baudrillard, Jean. (1980) *El intercambio simbólico y la muerte*. Barcelona: Editorial Monte Avila.

Borges, Jorge Luis. (1980) *El inmortal*. Nueva Antología personal. Barcelona: Bruguera.

Borges, Jorge Luis y otros. (1997) *24 poetas latinoamericanos*. México: Coedición Latinoamericana.

Chen, Jorge. (1991) *Proposiciones para una teoría de la lectura sociocrítica*. San José: Kañina, vol. XV, (1-2) pág 231-240.

Cirlot, Jean Eduardo. (1985) *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Editorial Labor.

Chioldi, Pietro. (1962) *El pensamiento existencialista*. México: Editorial Uteha.

Cros, Edmond. (1986) *Literatura, ideología y sociedad*. Madrid: Editorial Gredos.

Cros, Edmond. (1986) *Introducción a la Sociocrítica*, (Conferencias 1 y 2) San José: Kañina, vol. X, n.1. enero-junio.

De Beauvoir, Simone (1983) *La Vejez*. México: Editorial Hermes.

Durand, Gilbert. (1981) *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Madrid: Editorial Taurus.

Fink, Eugen. (1976) *La Filosofía de Nietzsche*. Madrid: Editorial Alianza Forma.

Días, Esther. (1995) *La Filosofía de Michel Foucault*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Le Bretón, David. (1995) *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.

Machado, Antonio. (1995) *Poesías Completas de Antonio Machado*. Madrid: Edición de Manuel Alvar

Montero, Carlos Cuillermo. (1987) *Amiguetti 60 años de labor artística*: San José. Museo de Arte costarricense

Montero, Carlos Guillermo. (1977) *Amiguetti Expresionista*. Tesis para optar el grado de Licenciado en Historia del Arte. San José: Universidad de Costa Rica.

Morin, Edgar. (1974) *El hombre y la muerte*. Barcelona: Editorial Kairós.

Olarte, Teodoro. (1974) *El Ser y el hombre*. San José: Editorial Fernández Arce.

Prini, Prieto. (1975) *Historia del existencialismo*. Buenos Aires: Editorial Ateneo.

Ricoeur, Paul. (1978) *Freud: Una interpretación de la Cultura*. México: Editorial Siglo XXI.

Ricoeur, Paul. (1976) *El tiempo contado*. *Revista de Occidente* N. 76. Setiembre

Romieux Michel (1998) *La Educación para el Adulto Mayor y su Relación con la Sociedad*. *Revista Enfoques Educativos*: Universidad de Chile. Facultad de Ciencias Sociales. Vol. 1 N° 1.

Runes, Dagoberto. (1981) *Diccionario de filosofía*. México: Editorial Grijalbo.

Sánchez, Adolfo. (1969) *Ética*. México: Editorial Grijalbo.

Thomas, Louis Vicent. (1991) *La muerte*. Barcelona: Ediciones Paidós.

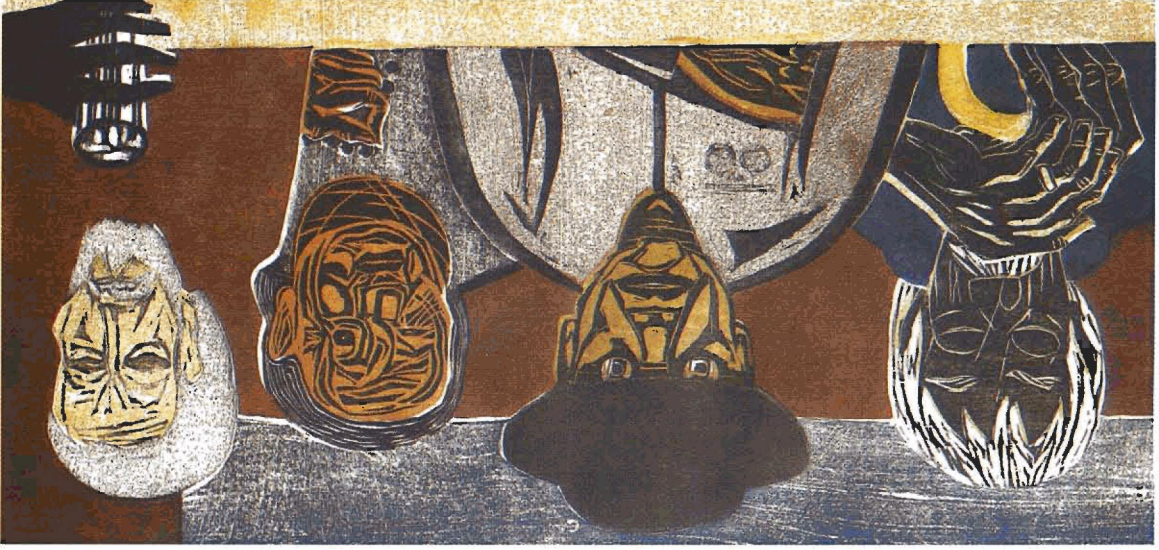
Imágenes a color



Parque de las tres edades del hombre
Cromoxilografía, 1978
Véase imagen blanco y negro en pág. 10



Asilo de ancianos
Cromoxilografía, 1973
Véase imagen blanco y negro en pág. 12



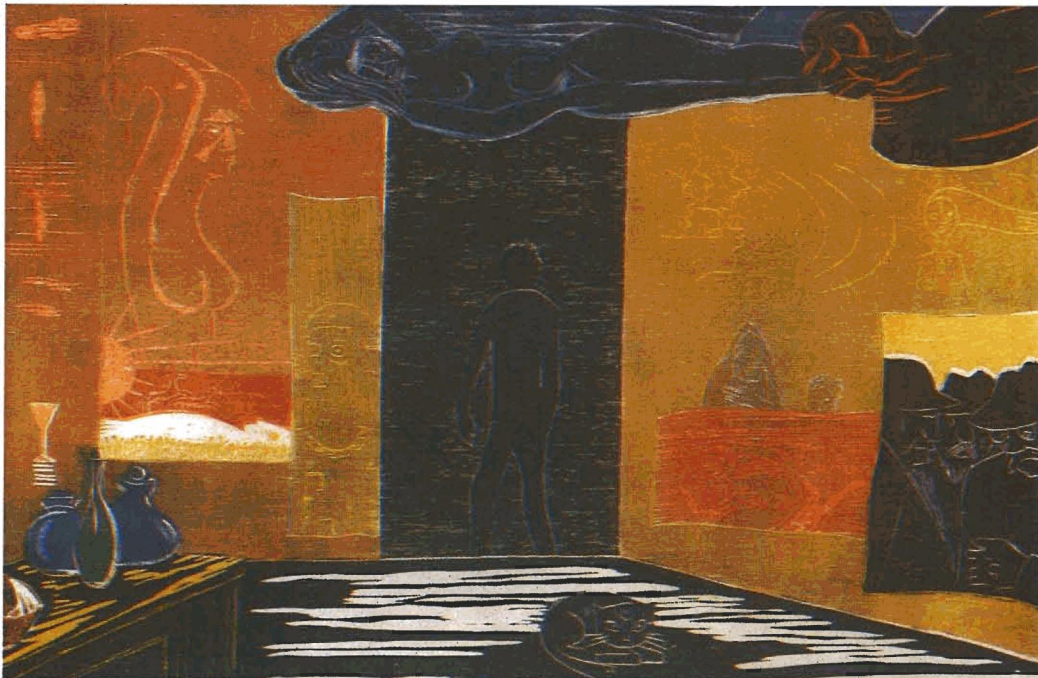
Viejos esperando la muerte
Cromolitografía, 1982
Véase imagen blanco y negro en pág. 12



Parque
Cromolitografía, 1986
Véase imagen blanco y negro en pág. 11



Cementerio de Escazú
Xilografía. 1975
Véase imagen blanco y negro en pág. 16



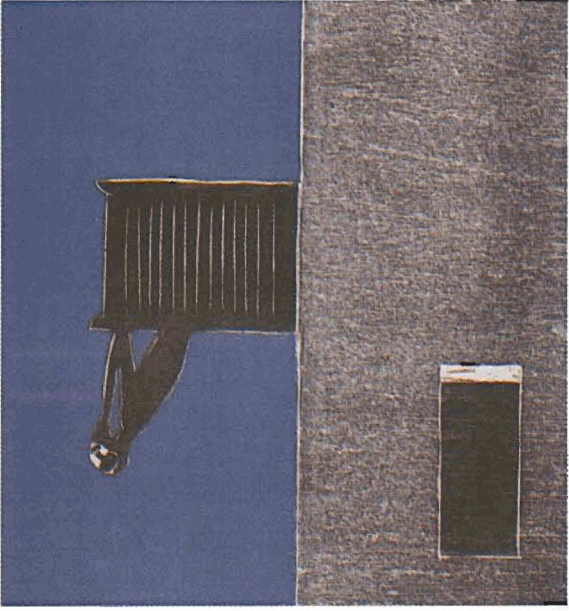
Viaje hacia la noche
tríptico I
Cromoxilografía, 1988
Véase imagen blanco y negro en pág. 19



La colina
Cromolitografía, 1983
Véase imagen blanco y negro en pág. 18



Viaje hacia la noche
Cromolitografía
Trptico 2, 1988
Véase imagen blanco y negro en pág. 20



El solitario
Detalle
Cromolitografía, 1983
Véase imagen blanco y negro en pág. 21



Viaje hacia la noche
Trptico 3
Cromolitografía, 1988
Véase imagen blanco y negro en pág. 20